



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



Córdoba, martes 4 de agosto de 2026

Homilía arzobispo Ángel Rossi sj por el 50 aniversario del Martirio de Mons. Angelelli y compañeros mártires

Queridos hermanos y hermanas:

Acabamos de escuchar las bienaventuranzas, esas 8 locuras de Cristo como las definen algunos biblistas.

Se dice que el día que Jesús proclamó las bienaventuranzas, firmó su sentencia de muerte... el mundo no iba a soportar semejante proclama, semejante modo de encarar la vida... Y como sabemos por lo que nos dijo el mismo Señor, no es menos el discípulo que el Maestro, si a mí me han perseguido, lo harán también con ustedes, correrán la misma suerte.

Nos reunimos hoy para hacer memoria agradecida del beato Enrique Angelelli un hombre de las bienaventuranzas, que hizo de su vida un Evangelio encarnado, un pastor que no dudó en oler a oveja mucho antes de que esa frase se hiciera un lema universal.

Recordar su figura no es mirar al pasado con nostalgia, sino encender en nosotros el fuego de un compromiso cristiano que urge en nuestro tiempo. Angelelli nos enseñó que la fe no se vive al abrigo de los templos, sino en la intemperie, allí donde el pueblo sufre, sueña y lucha por su dignidad.

El lema que guio su ministerio episcopal resume con maestría su mística y su entrega: "Con un oído en el Pueblo y otro en el Evangelio". Esta frase, que resuena como un mandato para todos nosotros, define la doble fidelidad de un auténtico profeta.

Angelelli tenía todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación. Lacordaire: "es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella"

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, a la fascinación de la bagatela el apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios mientras recoge todas las angustias humanas de su época. Es aquel que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón.

Angelelli conoció profundamente a su pueblo: Nuestro pueblo es digno dentro de sus debilidades; es respetuoso; es seriamente creyente, silencioso y contemplativo; es sufrido y patriota; respeta sus instituciones y se lo hiere cuando se los desconoce (..) Es la misión del obispo y de toda la Iglesia cuidar para que las piedras vivas del cuerpo de Cristo sean respetadas y embellecidas. Las Piedras vivas son cada hombre".



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



Angelelli Supo escuchar y extendió la mano. Propio de la sabiduría de quienes tienen bien conectada la cabeza con el corazón y las manos. Cabeza bien puesta, corazón amante, manos disponibles y eficientes

Supo encarnar los ideales de caridad solidaria en gestos concretos, que responden a las urgencias de los necesitados..

Supo aterrizar los sueños y hacerlos pan, techo, trabajo

Supo de sinodalidad de la Iglesia, enemiga de clericalismo:

"Como fruto de la madurez de nuestro laicado y de la superación de actitudes paternalistas, pedimos a nuestros laicos que piensen, opinen, participen, aprendan, , intervengan, se inquieten, se angustien, sean solidarios con todos, , fructifiquen". Protagonicen

Supo de casa común, de una Iglesia en la que todos tienen lugar: No se puede escuchar a Dios si se cierran los ojos ante el dolor del hermano; y no se puede consolar verdaderamente al hermano sino nos nutrimos primero de la Palabra viva del Señor.

Su opción, en clave de bienaventuranzas, no fue neutral.

Se puso del lado de los pequeños. de los campesinos desposeídos, de los trabajadores explotados y de las familias que reclamaban justicia Su voz se convirtió en el único altavoz para aquellos a quienes el sistema de su época pretendía invisibilizar y silenciar.

Su palabra y su testimonio fue un "Dardo agudo" que se clava en las carnes dormidas de una sociedad indiferente al dolor de su pueblo, fue como un grito estridente del vigía que rompe el silencio cómplice.

Esta opción por los pobres, lejos de ser una postura ideológica, era la consecuencia directa de su encuentro con Jesucristo. Para Angelelli, el rostro de Cristo estaba nítidamente dibujado en las facciones curtidas por el sol de los hacheros y los minifundistas. Él sabía que anunciar la Buena Noticia implicaba denunciar las estructuras de pecado que oprimían a sus ovejas. Y fue precisamente esa fidelidad inquebrantable al mensaje de Jesús la que comenzó a incomodar a los poderosos, atrayendo sobre él la calumnia, la persecución y, finalmente, el martirio.

La cruz siempre ha sido el horizonte de los profetas. Monseñor Angelelli no buscó el peligro por heroísmo humano, sino por **fidelidad pastoral**. Sabía perfectamente que su vida corría peligro. Pocos días antes de su violenta muerte, tras los asesinatos de sus sacerdotes Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville, y del laico Wenceslao Pedernera, él mismo expresó que era su turno. Sin embargo, no huyó. No abandonó a su rebaño en medio de la tormenta. Como el Buen Pastor del que nos habla la Escritura, estuvo dispuesto a dar la vida por sus ovejas.

Tenía conciencia muy clara de la realidad y de su realidad: ""No me voy a morir en la cama... Esto es como un espiral, van golpeando alrededor mío, pero al centro estoy yo, y cuando me busquen yo voy a estar allí...

No puedo abandonar el rebaño, aquí me quedo.



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



Aquel 4 de agosto de 1976, en la ruta de Punta de los Llanos, intentaron acallar su voz simulando un accidente. Quisieron enterrar su mensaje junto con su cuerpo. Pero olvidaron una verdad fundamental de nuestra fe: la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. Su muerte no fue un punto final, sino el sello de una vida entregada por amor. Hoy, la Iglesia reconoce su martirio, elevándolo a los altares no para admirarlo como una estatua lejana, sino para imitar su valentía y su coherencia evangélica.

Nuestro compromiso hoy: prolongar su legado

Celebrar la memoria del beato Enrique Angelelli nos desafía a hacernos una pregunta incómoda: ¿Dónde tenemos puestos nuestros oídos hoy? En un mundo marcado por el individualismo, la indiferencia y la polarización, la Iglesia está llamada a actualizar el testimonio de este obispo mártir. No podemos ser cristianos indiferentes al clamor de las nuevas periferias existenciales, de los nuevos desocupados, de los niños vulnerados por los adultos, de jóvenes atrapados en las adicciones de la droga o las apuestas del juego online, víctimas de dirigentes inescrupulosos que lucran con su fragilidad, de las familias que no logran parar la olla, de los jubilados que tienen que optar entre comer o medicarse, en lo que el papa Francisco definió como una eutanasia encubierta, de los discapacitados que han tenido que abandonar sus terapias...

Tener un oído en el Evangelio nos exige volver constantemente a la frescura de la Palabra de Dios, despojándonos de comodidades y falsas seguridades. Tener un oído en el pueblo nos pide aguzar la escucha, salir de nuestras burbujas y aprender a discernir los signos de los tiempos a través del dolor y la esperanza de los más vulnerables. Angelelli nos invita a perder el miedo, a "ir de frente" - como él decía--, sabiendo que el Señor camina con nosotros y que la vida y a la justicia finalmente vencerán.

El recuerdo de Wenceslao, Carlos, Gabriel y el obispo Enrique no es una simple memoria encapsulada; es un desafío que hoy nos interpela a que miremos el camino de ellos, hombres que no sólo predicaron sino que vivieron y testimoniaron las bienaventuranzas. Así nos quiere hoy la patria: hombres y mujeres libres de prejuicios, libres de componendas, libre de ambiciones, libres de ideologías, hombres y mujeres embriagados de Evangelio.

Que el beato Enrique Angelelli interceda por nuestra comunidad. Que nos conceda un corazón compasivo, una mirada profética y unos pies dispuestos a gastarse por el Reino de Dios. Que sepamos ser, como él, constructores de paz, servidores de la verdad y testigos alegres de la esperanza que no defrauda. Amén